

TÍTULO: Tratado de la fascinación o el maldito cuerpo de la mujer.

SEUDÓNIMO: Andrea del Verrocchio.

El autor pertenece a la comunidad UNED.

[...] no se podría encontrar nada más maléfico que el flujo de las mujeres [...]

(Plinio el Viejo, *Historia Natural*, VII)

La fetidez se acumulaba en las paredes de la estancia; en los paños; en el abollado cubo de latón; en las porosidades de la vieja mesa de madera. Cada atardecer, cuando Leonardo abría la puerta del cuarto privado recibía la bofetada del hedor que impregnaba el ambiente al llevar varias semanas sobrecargado de miasmas y humores. No obstante, no era labor fácil la de conseguir cadáveres para sus estudios y satisfacer así su curiosidad artística pero, por medio de algunos contactos que aún hoy no podemos revelar, aquel hombre contaba ya con más de una decena de disecciones realizadas. Obsesionado por conocer la estructura interior del cuerpo humano hizo todo lo posible para instruirse en la naturaleza de los nervios, músculos, huesos y órganos vitales.

Aunque era invierno, los cuerpos no llegaban a sus manos en buen estado y se veía forzado a trabajar presurosamente, pues cada noche que pasaba era mucho más revulsivo y penetrante ese olor cadavérico que reinaba en aquella estancia. Tenía comprobado que al cabo de una hora aproximadamente, su olfato se adaptaba a la intensidad insoportable de aquel olor y se acomodaba al ambiente hasta anular su sensibilidad olfativa. Eso sucedía de forma inversa a la que se da, en el caso de la vista, cuando pasamos de un lugar en el que hay mucha luz a otro sombrío y necesitamos un proceso de adaptación para poder volver a adquirir otra vez la capacidad de ver. Ese fenómeno se cumple con todos los sentidos. En el caso del olfato, después de una exposición a un olor nauseabundo mucho más intenso que la peste a col fermentada, huevos podridos o excrementos de rata, llegaba el punto en el que el sentido olfativo se ajustaba y quedaba prácticamente anulado.

Por ese motivo, y producto de la experiencia adquirida con los cuerpos que ya había estudiado, el primer paso que daba cada noche era realizar un ritual en el que quemaba en un balde unas ramas de laurel y romero; de ese modo efectuaba una ligera purificación del ambiente que, dicho sea de paso, entre la mezcla de olores y la humareda, convertía la atmósfera del habitáculo en un escenario onírico y mareante.

Pero aquella noche era muy especial debido a que se enfrentaba, por primera vez, a algo que había deseado desde hacía mucho tiempo pero que no había tenido la

oportunidad de conseguir hasta entonces. Por fin yacía sobre su mesa un maldito cuerpo de mujer. Digo maldito porque sobre anatomía femenina, aquel científico autodidacta, tan solo había encontrado referencias de Plinio y de otros sabios sobre la maldad que encierra el cuerpo de la mujer, sobre las inmundicias por las que expulsa los desechos femeninos o sobre cómo cuando ella menstrua se agría el mosto o no germinan los cereales. Por más que indagó Leonardo en los libros del saber, no encontró ninguna descripción verosímil o, al menos, científica y racional, sobre el interior del cuerpo de las hijas de Eva. Toda la información que había podido obtener sobre este tema parecía más estar sacada de un tratado de magia o brujería que de un libro de medicina.

Una vez realizado el examen externo en el que contemplaba el color de la piel, la dureza del abdomen, la rigidez de los miembros, etc. fue cogiendo, uno a uno, los instrumentos que necesitaba para comprobar con sus propios ojos qué ocultaba aquel cuerpo mefistofélico. En una mesita próxima a la mesa rectangular sobre la que se disponía a trabajar, había unas cuantas hojas amarillentas para ir tomando notas y hacer ilustraciones de todo cuanto fuera descubriendo en el transcurso del trabajo de la disección y de su estudio. Claro está, que en esta ocasión su interés se centraba sobre todo en registrar las diferencias anatómicas de la mujer respecto al hombre.

Tomó sus cuchillas, sus separadores... y otras herramientas destinadas exclusivamente a ese uso; algunas de ellas incluso habían sido diseñadas por él mismo. No cabe decir en estas líneas la explicación detallada de todo cuanto, con una gran parsimonia, pudo ir analizando y dibujando. Mencionaremos, sin embargo, que la mirada de Leonardo era de total asombro y de admiración. —¿Cómo puede la naturaleza ser tan perfecta?— dijo para sí mismo mientras intentaba limpiarse las manos pegajosas con un paño mugriento. Luego, sostuvo con su mano izquierda la pluma nerviosa y tomó notas. Delicadamente examinó varios elementos orgánicos que acapararon su interés. Unos eran observados *in situ* para ver las conexiones con otros órganos o conductos. Algunos de ellos eran extraídos posteriormente y, una vez dibujados de forma aislada o incluso después de haber hecho algún corte transversal para tener un conocimiento más allá de la superficie, volvían a ser repuestos y acondicionados con una exactitud topográfica y así cada elemento quedaba ubicado en el sitio correspondiente.

que el entusiasmo se mezclaba con la necesidad de descanso físico y los límites entre el trabajo y el sueño se desdibujaban. Cuando estaba a punto de amanecer dijo emocionado: —Llegará el momento en el que hacer lo que hago no se considere una abominación y, sólo entonces, podré mostrar mis dibujos y así daré testimonio de la perfección que alcanza la naturaleza al crear este injustamente llamado “cuerpo maldito”. Hoy comenzaré un nuevo tratado, el tratado de la fascinación por el cuerpo de la mujer.